

La dama del lago

Parque de Casanova de Eirís, lunes, 7 de junio, 04:00 h

La furgoneta blanca subió lentamente con las luces apagadas por la estrecha carretera que llevaba al estanque de los patos. Eran las cuatro de la mañana. Todo estaba en completo silencio. De rato en rato, apareciendo tras alguna nube solitaria, la luz de la luna menguante iluminaba de forma muy tenue todo el parque, dándole un aspecto fantasmagórico al reflejo en las aguas verdosas.

Detuvo el vehículo a un lado del estanque. Bajó y comprobó que el lugar estaba desierto. Se había puesto un mono de trabajo negro, guantes y un casco de obra. Bajo el casco, el cabello perfectamente recogido en un gorro de plástico. No quería arriesgarse a dejar atrás alguna evidencia. Sacó la caja de herramientas: un simple alicate serviría para cortar la delgada reja de metal, la única separación entre la charca y las demás zonas del parque. Tardó muy poco tiempo en acabar la tarea. Luego, retiró los restos de la verja y los dejó a un lado. Había creado un sitio suficientemente amplio por donde meter el cuerpo. Se dirigió con sigilo hacia la furgoneta.

En cuanto abrió durante unos segundos la cremallera de la bolsa negra que protegía el cuerpo de Lidia, el acre y penetrante olor a formol le inundó las fosas nasales, eliminando cualquier otro aroma que pudiese emanar de las flores que rodeaban el cadáver. Un olor repulsivo, poco adecuado para la delicada Ofelia, pero era necesario para preservar el cuerpo del ataque de insectos y animales mientras su obra no fuese encontrada.

Con gran trabajo sacó el cuerpo del furgón, arrastrándolo por el suelo, protegido por el duro plástico de la funda especial para cadáveres. Agradeció que la curva finísima de la luna desapareciera unos segundos tras una nube errante y solitaria. Paró y miró a su alrededor con atención. Desde el punto en donde se encontraba podía ver las ventanas del Complejo Hospitalario, algunas iluminadas a aquellas horas de la noche. Estaban demasiado lejos como para poder apreciar nada de lo que estaba haciendo. Mejor para él. Se fijó también en las casas cercanas. Todo estaba oscuro y en calma. Podía seguir adelante sin mayor problema.

La escasa luz del blanco satélite volvió a iluminar el estanque con plateados fulgores. No se escuchaba ni un ruido, salvo el suave ronronear de las alas de los grillos, que no descansaban de anunciar su presencia.

Una luciérnaga hembra iluminada y fosforescente fue el único testigo del transporte del cuerpo de Lidia Naveira hacia la orilla. Los patos dormían con la cabeza enterrada entre las suaves plumas. Algunos levantaron la cabeza y graznaron levemente, molestos por la intrusión. El lugar era muy hermoso: un rincón lleno de juncos, cálamos, espadañas, enneas, abrigado por un sauce llorón que desplegaba sus ramas hacia el fondo de la orilla, como puente entre el cielo estrellado y las frías aguas de color esmeralda. Abrió la bolsa negra y dejó resbalar el cuerpo delicadamente. Entró en el agua con un tenue chapoteo. Un fuerte hilo de metal sujeto al vestido sirvió para asegurar el cadáver a unos arbustos. Lidia-Ofelia flotó al momento, la cabeza casi apoyada en la vegetación, el largo cabello rojo esparcido entre la hierba y el agua.

Cogió las flores que llevaba guardadas en una bolsa y empezó a colocarlas con rapidez. Su memoria fotográfica recordaba exactamente el lugar que había destinado para cada una de ellas. Cubrió de pétalos el cuerpo, el agua, como si de una novia virginal se tratase. Virginal... Aquel cuerpo no pertenecería ya más al de una virgen pura, él mismo se había encargado de manciullarlo y vejarlo a conciencia... Una punzada en la ingle le recordó aquellos momentos tan intensos y placenteros... Eros y Tanatos, el máximo placer para un esteta.

La claridad blanquecina hizo que no necesitase siquiera encender una linterna para poder completar todo el proceso. Mejor así.

Una vez que hubo terminado, volvió al furgón, asegurándose todo el tiempo de que el lugar seguía tan solitario como al principio. Cogió con rapidez la cámara de fotos y el trípode. Tenía que inmortalizar su creación. Aquellas fotos le servirían eternamente de inspiración artística.

Quizá el amor fuera algo parecido a eso... La punzada de dolor que sintió en el pecho al abandonar a su suerte a aquella ninfa lo cogió desprevenido. No estaba acostumbrado a tener unos sentimientos tan intensos. Se despidió con un beso al aire de la hermosa figura que se mecía suavemente en el agua. Escuchó el graznido de un ave a lo lejos. Había creado pura poesía. Su obra cumbre en el mundo del arte.

* * *

Se duchó nada más llegar. El agua estaba hirviendo, quemaba, como si quisiera purificar su acción abyecta mediante el dolor

abrasador. Terminó con agua fría como el hielo. El contraste hizo circular su sangre y despejó su cerebro, cansado de las emociones nocturnas y la tensión. Estaba seguro de que nadie lo había visto obrar en su liturgia de arte y muerte a través de la noche. El furgón llevaba placas de matrícula dobladas. Al día siguiente quitaría la rotulación falsa que le había pegado en los flancos y la escondería. Repasó todo el proceso de nuevo, por si algo se le hubiese escapado, algún detalle, por pequeño que fuese, podía ser importante. No recordó nada. No hubo ningún fallo. Estaba totalmente convencido de que todo había transcurrido de forma perfecta. De pronto, un agotamiento infinito aprisionó todo su cuerpo.

Solo faltaba esperar a que alguien encontrase su obra: alguna señora paseando a primera hora, alguien haciendo deporte... Había creado un espectáculo digno de ver y analizar. Aquella chica debería estarle agradecido. La había convertido en un icono, efímero, sí, pero por exigencia de la naturaleza sobre la que descansaba, que no era otra que el caduco cuerpo humano. Esa precariedad convertía toda la escena en algo necesariamente bello y único, porque estaba hecha de muerte, y la muerte no es sino descomposición. Por eso era tan importante gozar desde el primer minuto, desde la primera idea que incendiaba su cerebro con el frenesí del deseo, embriagado pero contenido, hoguera de un fuego que él, sencillamente, no quería ni podía reprimir.

Recostado en el sillón, cerró los ojos y volvió a deleitarse en cada detalle de la tortura y muerte que había protagonizado. Estaba satisfecho, pleno. Su vida había encontrado, al fin, un sentido propio, lleno de fulgor.

* * *

Ya había amanecido. El sol brillaba con fuerza insultante y la ciudad empezaba a bullir de actividad, despertando poco a poco del letargo nocturno. Carlota bajó del autobús del colegio, mascando chicle y apretando la carpeta contra su pecho. Eran las ocho menos cuarto de la mañana. Ya estaba terminando el curso, ya estaba harta del uniforme de falda escocesa y polo blanco. Quería ponerse de una vez unos vaqueros ajustados y unos tacones. Quería que Tony la viera bajar del bus como una chica deseable, no como una niña estancada en la eterna adolescencia. Carlota quería ir al instituto, no estudiar en un colegio inglés con aquel uniforme cursi de colegiala. Miró hacia el sitio de siempre. Allí estaba Tony, esperándola con la moto. Carlota se despidió de

sus amigas con un guiño, se remangó la falda sobre las rodillas, enseñando las piernas morenas de solárium, y se escondió detrás del enorme autobús escolar para evitar que alguna profesora la viese escaparse con tanto descaro.

—Hola, guapa. —Tony la besó en la boca y la miró, derritiéndose, con aquella cara de idiota que se le quedaba siempre. Haber conseguido que aquella chica rubia y pija fuese de verdad su novia lo tenía alucinado—. Pasa de ir a clase, tía. Venga. Hace un día genial. Tengo una truja para fumar.

—Tony, joder que me lo pones fácil —dijo con una sonrisa de satisfacción—. No me apetece ir a clase, hoy toca el plasta de Historia con el control del rollo sobre la Ilustración. No estudié nada. Además, creo que le gusto al tipo ese. Me mira todo el rato. Y siempre me pregunta a mí. Como si no hubiese más chicas en clase. —Carlota miró a su novio con un mohín. Hizo un globo con el chicle.

—Sí, hay más chicas en clase, pero ninguna está tan buena como tú, Carlota. A ese pavo voy yo a rayarle el buga, fijo —dijo con aire protector—. Como te toque un pelo, veremos. —Tony encendió la moto y la hizo rugir con fuerza.

—Como le toques tú el Audi te corta la cabeza, tonto. Y a mí me expulsan del colegio. Venga, vámonos. Antes de que me vean y llamen a mi madre.

—Sube, corre. Creo que por ahí viene la momia de Luisa Lage, ponte el casco, rápido, así no te conocerá. ¿Adónde vamos?

—Quiero ir a ver los patos del estanque.

—Joder, Carlota, otra vez los patos, ya estuvimos la semana pasada viendo los dichosos patos.

—Da igual, a mí me molan los patos. El parque está aquí cerca, así que si pasa algo volvemos en un minuto. Y además, allí podemos fumar sin que nos vea nadie...

—Vale, vale, pero ¡ponte el casco, joder! No quiero que nos pare la policía como el otro día.

Un rato más tarde, mientras Tony preparaba el porro con el mechero y el papel de fumar cerca de las ruinas del castillo de Eiris, Carlota se quitó el jersey azul marino de pico y se lo anudó a los hombros. Hacía mucho calor para ser junio y tan temprano. La semana anterior no había parado de llover, pero aquellos días estaban resultando maravillosos. Se acercó al estanque de los patos. A Carlota le encantaba ver a aquellos animales nadando plácidamente en el agua. Además, se podía acercar y no se escapaban, estaban totalmente acostumbrados a la presencia de la

gente. Era mejor ver patos que estar en clase haciendo un examen del que no tenía ni la más remota idea... La pena era que no había llevado pan para darles. Le encantaba ver cómo se lo arrebataban de las manos.

Cuando llegó hasta la pequeña valla de metal enrejado, observó con extrañeza que había una parte que estaba tirada en el suelo, cortada de arriba abajo. Carlota no pudo evitar la tentación de entrar en el recinto a través del hueco. ¿Dónde estaban los patos? Era raro, no había ninguno en aquella parte del estanque... Miró alrededor. Vio alguno aún medio dormido en el otro lado, algunos nadando, pero sin acercarse demasiado. Parecían evitar la cercanía de una especie de bulto blanco que flotaba entre la vegetación, cerca del sauce.

— ¡Tony, ven, mira qué raro es esto!

Carlota gritó con fuerza hacia donde estaba Tony, pero su novio estaba demasiado ocupado terminando de liar el porro como para hacerle demasiado caso. Una señora en chándal que caminaba rápido miró con curiosidad hacia dónde ella estaba al escuchar el grito. Carlota siguió adelante, pisando la alta hierba y aplastando sin querer las tuyas que crecían profusamente cerca del agua. Entonces, unos metros más adelante, divisó un bulto cuya forma sospechosa la llenó de aprensión. Cuando se acercó al borde del agua al principio no entendió lo que estaba viendo, pensó que era una especie de maniquí que había sido arrojado a un lugar absurdo. Luego, al caminar un poco hasta tener una perspectiva más completa de la visión, comprendió al fin.

Estaba rodeada de flores. Tenía un ramo en la mano, que sobresalía del agua. Pétalos a su alrededor y un olor extraño y penetrante que le recordó al laboratorio de química. Era como una muñeca pálida, del color de la cera. Cientos de perlas reflejaban la luz del sol al trepar por el horizonte. Carlota gritó con desesperación. Salió disparada a buscar a su novio, tropezando en la verja caída y arañándose la rodilla profundamente. Lo que menos le importó fue el dolor de la antitetánica cuando, más tarde, uno de los médicos del Samur le curó el rasguño y dictaminó que debería ponerse la vacuna. No podía quitarse de los ojos la imagen de aquella chica muerta, vestida con un traje de novia y flotando entre los juncos del estanque.